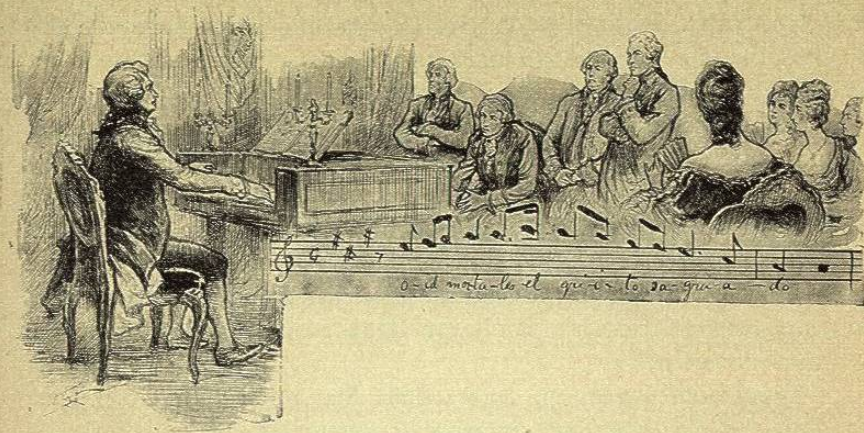
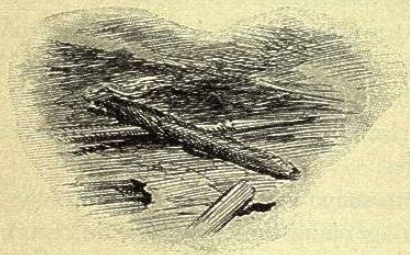


to de Mercedarios, al Sr. D. León Ortiz de Rozas con doña Agustina López de Osornio.....

Y así salió de un cautiverio para caer en otro sin salida. Pero si angustias hiciera pasar la enérgica Agustinita al blando y cariñoso marido bonachón, misterios son que encubriera el cortinaje del aposento conyugal, que no es dable levantar.



## EL HIMNO NACIONAL

(SU TRADICIÓN)

¡Oíd, mortales, el grito sagrado!

### I

Allá por los años 1813 era uno de los salones más concurridos en la reducida sociedad de esta capital el de la señora María Sánchez de Thompson, y en él fué donde se oyó por vez primera la música del himno nacional. Allí llevó el poeta Luca una de las hojas húmedas aún, recién salidas de la imprenta, y ante la reunión de todas las noches, en la del sábado 14 de mayo leyó los versos inolvidables de su amigo el Sr. D. Vicente López y Planes.

Con no menos aplausos fueron escuchados en tan selecta reunión, como en la tarde del 11, en que entre las primeras lágrimas de entusiasmo que arrancaron, atravesó el recinto de la asamblea el poeta fray Cayetano Rodríguez, y rompiendo la composición á él encomendada, abrazó al Sr. López en el arrebato de su más sincero entusiasmo.

Tres días después rodeaban el viejo clavicordio de mi señora doña Mariquita el Dr. García, Rojas, Molina, el mismo López, D. Valentín Gómez, Picazarri, Parera, cuando entre exclamaciones repitió el de Luca su magistral lectura.

Al poco rato Thompson tocaba (de una vieja colección de salmos que trajera de Inglaterra) el himno que David cantaba al arpa, marchando an-



te el Arca Santa. Substituyóle Parera en su asiento, y siguiendo en el piano ese mismo aire marcial, preludió los primeros compases de un acompañamiento á los versos que tenía por delante.

La conversación se hacía general en una atmósfera caldeada de entusiasmo, entre damas y caballeros, militares y sacerdotes, que en aquellos tiempos frecuentaban el estrado, donde eran con tanto respeto escuchados; sin darse cuenta de lo que, solo y aislado en un rincón, *piano piano* tarareaba D. Blas *sotto voce*, la más atenta de las damas se le acercó interrogando:

—¿Qué está haciendo, mi maestro? Ya vé usted que nos encontramos en apuros. ¿No se animaría á ensayar algún acompañamiento para tan hermosa composición?

—Tentándolo estaba, mi señora doña Mariquita; permítame llevar esta hoja, que si el lunes puedo traer algo presentable, á falta de otro mejor, le corregiremos entre todos.

Y recogiendo el impreso y su capa, mientras en ella se embozaba, le despedía la entusiasta patricia:

—Vaya usted con Dios, y que el santo rey David, poeta, músico, guerrero y buen patriota, le preste su numen. Mañana es domingo, enciérrese y tenga acierto. En la noche del lunes le esperaremos con algunas amigas aficionadas para aplaudir su música. Inspirado por Dios y por la patria, no puede resultar mala.

## II

Aunque el erudito Sr. Zinny refiere que en septiembre de 1812 el secretario del ejército al mando del general Belgrano, Dr. López, bajo la sombra de enorme *tipa* (árbol tucumano), un poco al Norte del paso Río de las Piedras, arrobado en el delirio de esa victoria, compuso la canción, declarada más tarde marcha nacional, que comunica nueva vida y da nuevo sér al argentino que la escucha, suponemos más exacta la versión del propio nieto del prócer. Refutamos á Zinny, pues el 3 de septiembre de 1812 aún no se habían alcanzado las victorias de San Lorenzo, Salta y Tucumán, que el himno menciona. Por esto, más probable es que la noche del 8 de mayo de 1813, durante la representación de la tragedia de Ducós *Antonio y Cleopatra*, saliera el Sr. López de la *Casa de Comedias*, emocionado por la inspiración patriótica que fué á derramar en vibrantes estrofas y que siguen hablando al corazón del argentino—muchos años después que su autor no habla,—en su pequeño escritorio, casa de sus abuelos, Perú, número 535, donde el ilustrado director del Museo Histórico señor Carranza acaba de incrustar lápida conmemorativa.

Pero la tradición de la música que acompaña su canto, que nos ha llegado ya mutilada por las podas de Esnaola, Albornoz y Calzadilla, es otra. No siendo dable discernir doble corona al poeta, que no fué, como el de la *Marsellesa*, autor de los versos y su música, debemos en justicia consagrar una parte del aplauso al autor de música tan elevada, que entusiasma á los más incultos.

Elocuente y conmovedora es esta poesía, pero en más amplios horizontes se dilatan sus notas musicales. No sólo en Europa, á extranjeros que no comprenden una palabra de la significación de los versos observamos conmovidos por su música, sino también, en nuestros campamentos, á rudos soldados analfabetos.

Los que nos enseñaron la religión de nuestros padres enseñaban á la par, como su complemento, la religión de la patria en la oración matinal. Iniciadores de sus primeros cantos fueron sacerdotes tan ilustrados como fray Cayetano Rodríguez, Vera y Pintado, Argentino, autor del himno de Chile, y en la mayor parte de la América latina, sacerdotes encargados de transmitir el amor á la patria tuvieron participación en los primeros himnos, por lo que cierto aire de familia asemeja al primogénito el argentino.

Después de uno, dos y tres ensayos ante los contertulianos de la señora Thompson, y en la sala del señor de Luca (según lo recuerda el doctor Juan María Gutiérrez), se invitó para el más vasto salón del Consulado; y en vísperas del 25 de mayo, refiere el Dr. López (nieto), reuniéronse las señoras de Thompson, Escalada y otras, para asistir á la audición de música que tanto entusiasmo. Allí damas y caballeros, tribunos, sacerdotes y guerreros de la revolución, se pusieron de pie en aquel concurso, y en respetuoso silencio oyeron las notas de un himno, que debía ser el monumento más duradero de la revolución argentina.

## III

Por entonces, si los poetas, los buenos poetas de casa apenas eran dos, á quienes la asamblea conceptuó dignos de encararles tan magna obra, los compositores musicales, entre buenos y malos, eran *nones*, y no alcanzaban á tres. Aún este único, catalán de origen, más por congraciarse con los dominadores en la revolución que por amor á la nueva causa, creyó hallar en esto un medio para propiciarse voluntades.

Y en ello se parece igualmente nuestro autor al de la *Marsellesa*. Siendo uno y otro adversos á la revolución, compusieron música, menos ins-



pirados por amor patrio que de temor á venganzas que todo retrainiento suscitaba. Rouget de l'Isle fué perseguido por soldados franceses á quienes llevara á la victoria, arrastrados por su inspiración. Parera, salvado de un modo trágico, tuvo que huir á la Colonia, de la casa de su comprovinciano Larrea, escondido dentro de la caja de su piano, donde no es probable fuera tamborilleando la marcha que le ha hecho célebre, hasta inscribirse, en honor del catalán D. José Blas Parera, su nombre en una de las calles de esta capital, casualmente la en que esta tradición escribimos.

Después de ensayarse en la de Thompson, Luca y el Consulado, se cantó el himno acompañado al piano por Parera en la *Casa de Comedias*, la noche del 25 de mayo de 1813, como el año siguiente al pie de la Pirámide (recién construída por el maestro Cañete), y luego en la Escuela de la Patria, en los campamentos, en la América, resonando como la voz sagrada de la patria desde un polo hasta el otro. Más de ochenta años ha exaltado el espíritu bélico, y sensible es que antes de terminar el siglo en que nació, decrezca el entusiasmo por la patria, de que ese himno es el Verbo.

Pocos días há, visitando un modesto cuartel de veteranos, grato nos fué observar cuánto contribuyen á la educación del soldado hasta los lemas sobre puertas y cuadras, cuadros de episodios como los de Falucho, Cabral, el sargento Vasconcellos, y en libros de lectura, las más resaltantes hazañas de los primeros soldados que legaron ejemplo en su heroicidad. En contrarias reflexiones, ¡cuánto condeue notar que ya no se canta el himno al pie de la Pirámide, sin duda porque las mañanas de mayo amanecen más frías que aquéllas en que nuestros padres iban á cantarlo en las más crudas; en que los abuelos, entre las nieves de la Cordillera, sólo tenían para entrar en calor el entusiasmo con que sus estrofas electrizan!....

Ni un ladrillo de nuestro monumento de mayo, ni una sílaba del himno debe suprimirse; que ello no obsta para abrir á los cuatro vientos esta tierra de promisión á los hombres de buena voluntad que la prefieran para alzar su tienda de trabajo.

## IV

A sellar esta tradición con palabras más autorizadas vienen como de molde éstas del *poeta de las tradiciones*, pues no está de más recordar que si argentino fué el autor del Himno de Chile, argentino también era quien decretó el del Perú.

«En 1821—refiere el ilustre Palma,—el protector del Perú, D. José de

San Martín, convocó á un certamen musical, del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por Himno nacional de la República. De las seis presentadas, la del maestro Alcedo, también fraile en su origen, obtuvo la palma. Apenas terminada su ejecución en el clavicordio del Sr. Riglos (argentino, hermano de D. Miguel), cuando el general San Martín, poniéndose de pie, exclamó:

—»¡He aquí el Himno nacional del Perú!

»En la noche del 4 de septiembre, festejando la rendición del Callao, se cantó en el teatro por vez primera. La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo es indescriptible para nuestra pluma. Mejores versos que los de D. José de la Torre Ugarte merecía el magistral y solemne himno de Alcedo. Las estrofas inspiradas en el patriotismo que por esos días dominaba, son pobres como pensamiento y desdichadas en cuanto á corrección de formas. Hay en ello mucho de fanfarronería portuguesa y poco de la verdadera altivez republicana; pero, con todos sus defectos, no debemos consentir jamás que la letra de la canción nacional se altere ó cambie. Debemos acatarla como sagrada reliquia que nos legaron nuestros padres, los que con su sangre fecundaron la Libertad y la República. No tenemos derecho (que sería sacrilega profanación) á corregir ni una sílaba en esas estrofas, en las que se siente á veces palpitar el varonil espíritu de nuestros mayores.»

Ni de encargo corresponderían mejor tan sensatas reflexiones, aplicadas á todos los himnos que consagran la revolución por la independencia de América, como al que tradicionalmente, cuya última estrofa es:

«Al gran pueblo argentino salud.»

